

un halo de ingratitud, sobrevuelan la cabeza del funcionario. Entonces él, sin remedio, empieza a pudrirse pero en una dimensión cuyo divertimento le compensa de la desgracia; se pudre por delegación, en el recordar constantemente a su abuela, personaje ya mítico en todo el bregar literario de Héctor Rojas Herazo. Con la abuela como vozera vienen personas y escenarios, episodios de todos los colores de la vida del pueblo, cuya psicología y enfoque de la vida están en continua discordancia con el ambiente que ahora rodea y absorbe al pobre funcionario. El se muere en esa arena movediza y lucha por no verse tragado, lo que va logrando y que a la vez le sirve de bálsamo para hundirse por completo.

A reflexión sobre la Colombia actual alude la solapa del libro. Creo que no es solamente sobre la actual sino sobre la de siempre, ya que sería muy difícil dividir la historia del país en dos, tres o en las partes que fuera necesario en una epopeya novelística. Para ello tendríamos que acudir a la política, a la historia, economía y otras ciencias y darle al trabajo, no el nombre de novela, sino de tratado o ensayo. La reflexión que se hace Rojas Herazo en *Celia se pudre* sobre su país, no es científica sino poética, con la sangre corriéndole en las manos llenas de luz.

La Colombia actual se presta a muchas interpretaciones y si hay que ser fiel a la realidad, la reflexión sería muy dolorosa. Es un país que presenta una decadencia antes que le haya llegado el triunfo, donde se está pagando muy cara la anarquía que los gobiernos anteriores han permitido en un alarde de liberalismo y de apertura democrática. El que el narcotráfico campe por sus respetos, llegando a convertir al país en una especie de tierra de nadie y de todos, se debe a la corrupción a todos los niveles. Cuando se llega a Colombia se siente como si allí no hubiera gobierno y conceptos como Estado, Justicia, Policía, fuesen una caricatura. No es que toda esta sarta de desgracias vengan plasmadas cruda o implícitamente en *Celia se pudre*, pero sí habría que hacer una reflexión de la Colombia actual, como alude la solapa, habría que empezar por ahí y terminar por el mismo sitio.

Si hay reflexión sobre Colombia no es solamente acerca de la actual sino de la de toda la vida, aquella nación subterránea que no muere nunca, que resiste a todos los embates del tiempo. Dicen que el tiempo no perdona, pero a veces sí deja cosas que son indestructibles y esos valores impermeables del país sí están reflejados en la novela de Rojas Herazo. Valores que muchas veces, no es que lleguen al divorcio, pero sí a la matización precisa que diferencia a las dos partes que componen al país; y no es que lo dividan necesariamente. Colombia, junto con Venezuela, presenta la singularidad de aglutinar en un solo territorio a dos de los muchos ámbitos que integran la sociología latinoamericana: el Caribe y los Andes. Los países ribereños de este mar, que durante el Imperio español llegó a tener tanta influencia como el Mediterráneo, son por color de su paisaje y etnografía un tanto diferentes a los que tienen la Cordillera como punto de asentamiento, ya sea poblacional o como simple referencia geográfica. Incluso se ha llegado a hablar de una confederación de Estados del Caribe, Mercado Común Caribeño, etc. Al mismo tiempo, los Andes presentan su propia dinámica socio-económica, que no es que sea antagónica con la del Caribe, pero sí se hace necesario detenerse en la matización. Colombia, como Estado enclavado entre ambas realidades, es partícipe de lo que suceda arriba en las cumbres y a orillas del mar cálido. Y no siempre

esta situación que le han dado la geografía y la historia ha sido punto de conciliación y de diálogo. Así mismo, la existencia de una rivalidad, velada, entre las dos partes del país es latente. En Colombia, como en todos los países de corte unitario, el centralismo tiene la culpa de todo. Desde allí se mira al resto de la nación como a las «provincias», del mismo modo que en España, como si la capital fuese la metrópolis de un supuesto imperio. La confrontación es clarísima y no sólo por motivos folclóricos sino que obedece a aspectos bastante más serios, trascendentales para la marcha de toda la nación. La costa norte colombiana es, por su obvia situación geográfica, un punto de encuentro y contacto con el vigoroso mundo del Caribe que recibe los aires de Norteamérica y Europa. Las masas migratorias siempre se han movido con relativa facilidad y si en Bogotá hubiera la inteligencia que faltó, no sólo en este caso sino en muchísimos más, Colombia se hubiera beneficiado de las grandes migraciones europeas que acudieron a Hispanoamérica a finales del pasado siglo y primeras décadas del actual y que encontraron mejor abrigo en Brasil, Chile y el Río de la Plata. Ya Rubén Darío, cuando era cónsul de Colombia en Buenos Aires, se lamentaba de la ceguera de las autoridades bogotanas al respecto y siguió recordándosela en libros y otros escritos; como siempre, desde las nieblas de la antigua Santa Fe, no se veía al mundo más allá de las estribaciones de la sabana. Pero algo de este aluvión humano alcanzó a asentarse en el Norte colombiano y es así como Barranquilla surgió con aire distinto a la aristocrática y nostálgica Cartagena, o a la, desde siempre, frustrada Santa Marta, una de las ciudades más antiguas de América. Barranquilla es una especie de Bogotá en el Caribe, con una autoridad moral que sobrepasa el ámbito colombiano, para cobrar entidad de decana en todas las Antillas. Desde esta ciudad, capital del departamento del Atlántico, se ha venido presionando contra todo lo interiorano y centralista. La pugna ha llegado hasta el punto de hablarse de separatismo, con la idea de una República del Caribe, como arma arrojadiza; quimera que afortunadamente no ha tenido eco importante y queda como resultado de la reacción airada de grupúsculos de autonomistas.

En Bogotá se ha concentrado todo lo del interior hasta el punto de que las otras regiones del país, excepto las caribeñas, se han venido amalgamando con lo bogotano, perdiendo toda personalidad. Estas regiones, junto con la capital, aglutinan un setenta por ciento de la vida nacional en todos sus aspectos. Lo restante, o sea el país costeño propiamente dicho, funciona como una entidad separada en lo psicológico, que ya es preocupante para la unidad y la marcha de la nación. Pero en Bogotá siguen sin enterarse. Es más, bogotanizan al país y cualquier apertura de diálogo donde se mencionen términos como autonomía o federación, es automáticamente tachada de separatismo y traición (*sic*).

Todo esto viene a cuento referente a lo dicho en la solapa de *Celia se pudre*, reflexión sobre la Colombia actual... Como se ve, dicha reflexión se puede hacer desde variadísimos puntos de vista y en el caso exclusivo de la novela habría que empezar por ahí, dado que el personaje es un costeño, no militante de ninguna bandería política, pero sí sufriente de lo que para él significa el desarraigo y el tener que esperar el fin de sus energías dentro de las paredes de un ministerio bogotano.

¿Y quién es Celia? ¿Qué papel ocupa en esta dilatada obra? Celia es una excusa, un personaje con todos los requisitos para ser mitológico, y a fe que lo logra, pues a

esa Celia nunca la podremos asir pues carece de materia tangible. Llena de una corporeidad luminosa, totalmente onírica, sirve de base a donde llegan los recuerdos obsesionados del protagonista. En esta Celia hay mucho de la propia abuela del autor, a través de la cual el nieto canaliza todo un universo poético de una vastedad todavía poco ejercitada en la prosa de nuestros días. En esa Celia mítica, flota todo el mundo de la Costa añorada a más de mil kilómetros de distancia y dos mil seiscientos metros de altitud. Las voces, el color, fauna y flora propias de un territorio cuya dinámica hay que encerrarla en un tubo de ensayo, para analizarla como bicho raro con ojos bogotanos. Están presentes el calor agobiante del trópico, la anchura del mar que pone alas de gaviota a la mente del hombre, ritmos cuya polifonía desalojan a la tristeza de los cuartos más oscuros del alma. En medio de todos esos recuerdos el tiempo transcurre, inexorable, pudriendo a quien no puede hacer nada más que sentir cómo le muerde las venas, metiéndole en ellas otra sangre, la que producen los glóbulos de la burocracia y el conformismo.

*Celia se pudre* es un libro de compleja lectura, pues es una obra desprovista de las consabidas formas clásicas o de las que se intentan en nuestros días. Para que una novela así dé que hablar en medios de la popularidad extendida, van a necesitarse varios años pues es algo que debe calar y no solamente hondo, sino profundo, sin temor a que reflote frívolamente. Y sin temor a equivocarme, diría que *Celia se pudre* es un libro de consulta, pues en él se puede explorar toda la trayectoria poética de Rojas Herazo que en la novela ha sido vertida con voces y tonos distintos, acaso en ese eterno libro que siempre están haciendo de sí mismos los escritores, parte del inmenso e inagotable que elabora la humanidad entera, como señaló sabiamente el maestro Borges. Se puede leer una página de *Celia...* y quedarse únicamente con ese contenido para reflexionar (no solamente sobre Colombia) sino sumergirse un poco en la obra de Rojas Herazo, cuya literatura linda en todo momento con su pintura.

Héctor Rojas Herazo es un artista de dos expresiones, pero quedaría fuera de lugar aquí una reseña de su pintura. Sólo apuntar que, como dice él mismo, con el trabajo de pintor se compra su tiempo de escritor. Pintura y literatura son una misma cosa para él y jamás se atreverá a diferenciarlas por temor a la injusticia. Se confiesa perteneciente a la materia tanto poética como pictórica, dejándose llevar por ella, no siendo él el conductor. Tan sólo es un instrumento que obedece fielmente al mandato ya sea con un pincel en la mano o llenando parsimoniosamente las cuartillas. Es lo mismo. Sólo existe una diferencia en las formas, apenas una apariencia que se apresta a solucionar con los matices apropiados que se ajustan a lo que pide cada cosa, sean letras o manchas de óleo. Las relaciones estrechas entre pintura y literatura son de viejísimo cuño, pero hasta ahora es cuando se habla racionalmente del tema. El pintor escribe con colores y el escritor pinta con palabras. La deducción parece simple, pero han tenido que transcurrir años para llegar a ella y sobre todo para asumirla como algo real, hasta el punto de que cada vez es más común la dualidad pintor-escritor y lo que es más gratificante para todos, la calidad que resulta de tan feliz matrimonio. Y la vehemencia comunicativa en las dos obras de Héctor Rojas Herazo palpita, hasta el punto de hacer decir a Luis Rosales que «a sus cuadros les corre sangre por las venas».

Sangre que una vez más hace que los que la tienen en común se busquen y esa haya